

# Ética y deontología

“De lo que existe, ya no es necesario hablar”.

Debord, 2003 (1)

## Ética y deontología: un libro nace de otro

Ética y Deontología no son lo mismo, parten de lo mismo. Son dos formas diferentes de acercarse a un tema que a todos nos interesa: lo que nos conviene, y lo que a veces es más importante, lo que no nos conviene. Cada una ofrece modos diferentes de aproximación a estos temas, a este tema, el de lo conveniente, al que llamamos también “lo bueno”.

Pero antes de establecer definiciones rígidas, que en cierto modo serían inmorales por su falta de adaptabilidad ingeniosa al mundo, me gustaría dar un pequeño paseo por estas dos áreas y ver de dónde parten, a dónde llegan, cuándo se separan, y en qué resultan inseparables. A las dos les preocupa la idea de un mundo conveniente, mejor. Las dos se necesitan, una nace de la otra, la Deontología de la Ética, e intenta recorrer nuevas perspectivas proponiendo una Ética comunitaria asumida por todas las personas implicadas en una actividad laboral. Guardan una estrecha relación que me gustaría proponer. Porque, pudiera suceder, si la Deontología se olvidara de que su base es la Ética, llegará a no ser nada. Es necesario alimentar esa relación por medio de la participación de todos en la creación de las normas, de la crítica de los valores reguladores de una actividad, del debate abierto sobre los hechos que es necesario estandarizar. Por tanto, la Deontología necesita de la tensión individual entre lo que soy y lo que debería ser que se da en la Ética para proponer normas de acuerdo con la actividad laboral conjunta a la que quiere responder con un mejor funcionamiento de la profesión.

Comenzaremos por la Ética, a ver hacia dónde nos va llevando el camino que traza para que de ella nazca la Deontología.

## La Ética: un poco de luz en la oscuridad

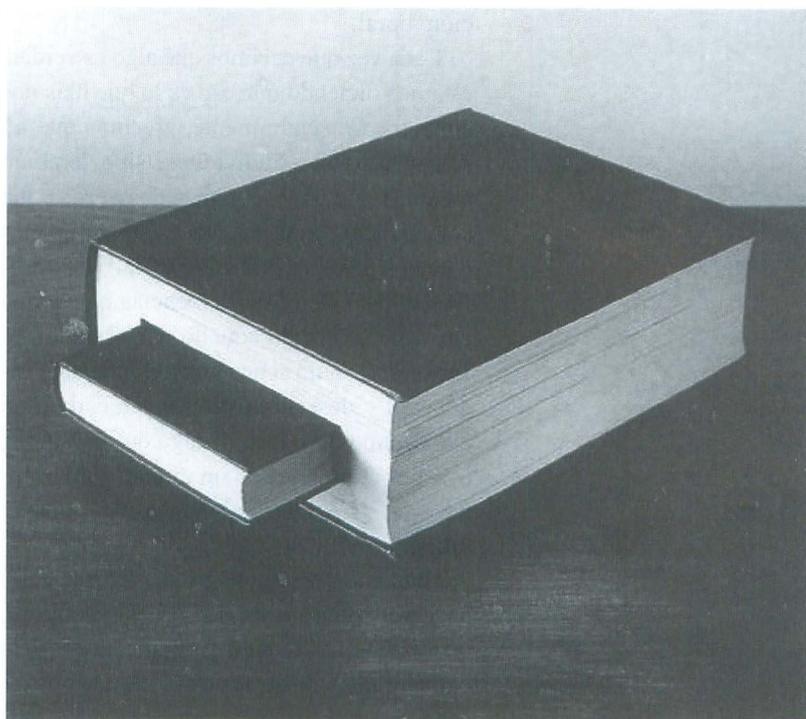
La Ética es plenamente individual, aunque no hay individuo en el mundo que no roce a los demás con sus elecciones y decisiones. A la Ética le preocupan las elecciones individuales, esas decisiones con las que vamos creando el mundo que vivimos, nuestro mundo. Ese mundo al que damos el nombre de verdadero, creemos en él, y por tanto lo vivimos como nuestra verdadera realidad.

La Ética, en estos últimos tiempos, no cree demasiado en que la verdad sea sólo una cuestión lógica, o, incluso, una cuestión demostrativa. La Ética no cree que la verdad sea lo contrario de la mentira, cree más bien que la verdad pudiera ser aquello que proponemos y aceptamos porque de alguna manera

---

Ángel García Fernández  
Profesor de Filosofía

---



Chema Madoz. *Sin título*, 1993



Bill Viola. *Catherine's room*, 2001

nos beneficia (Nietzsche, 1996) (2). No nos confundamos, no estamos proponiendo un mundo de fantasía y color, sino un mundo en el que la verdad es la elección, dentro de muchas otras verdades posibles, de aquella que nos reporta mayores beneficios. Nos beneficia aceptar la muerte para no hacernos un daño innecesario, aunque podamos seguir pensando que es un estado intermedio, un paso hacia otra vida, un desaparecer momentáneo que retornará con otra forma... Cada uno que elija, por supuesto, aquella que más le convenga, no hay problema. El daño o beneficio es responsabilidad suya, que cada uno elija la verdad que considere más beneficiosa. No hay más.

Bajo toda verdad, hay siempre una elección moral.

Cada vez que decimos que algo es verdad, estamos diciendo que eso es lo que más nos conviene (y, seguramente, creemos que no sólo a nosotros, individuos, sino también creemos que es lo que más conviene a una colectividad con la que guardamos lazos más o menos fuertes de relación social). Hay profundas convicciones y creencias que andan por debajo de todo aquello que tildamos de verdadero, como si una idea de un mundo ordenado, y deseado, estuviera en cada cosa que decimos. Al decir de algo que es verdad, estamos construyendo un mundo para el futuro que queremos que tenga un determinado orden.

Hablamos, decimos verdades, y cuando lo hacemos, proponemos un orden, un futuro, un mundo que creemos firmemente que será el mejor para nosotros y para los que nos rodean. Seamos serios, ni siquiera recordamos aquellas verdades que nos contaron que no

nos benefician, que no nos dan algo válido para nuestras vidas a cambio de haberlas coronado en nuestro pensamiento como verdades.

Y es que la verdad, eso que hemos decidido llamar verdad, es una creación humana, una construcción dentro de la que vivimos, porque a fin de cuentas es nuestra realidad, la realidad por todos compartida, fruto del sentido común, es decir, nacida en comunidad, surgida del sentido, de lo que tiene sentido para una colectividad. Vivimos dentro de una representación que consideramos la verdadera, a la que llamamos realidad.

Nuestra realidad verdadera es “esta ficción impulsada por el deseo” (De Azúa, 2002)(3). La realidad, eso que llamamos realidad, es una representación puesta en práctica, realizada por nuestras manos al servicio de nuestros deseos...

Y el deseo “universal”, al menos mayoritario, y contradictorio por la cantidad de respuestas opuestas que podemos encontrar, es el deseo de vivir bien. El deseo fundamental que proyecta lo que entre todos llamamos realidad es un deseo de vivir bien. Advertencia: los que quieran vivir mal, que no sigan leyendo. Este artículo sólo tiene la intención de profundizar sobre aquello que nos beneficia y nos hace vivir mejor, es más, parte de la convicción de que la mayoría desea vivir mejor.

Por tanto, debajo de toda verdad que define la realidad en la que vivimos, hay siempre una elección moral, una propuesta de mundo mejor o más conveniente. O podríamos decirlo de otra manera: bajo toda representación de la realidad, es decir, bajo toda verdad, hay una elección hecha por el deseo mayoritario hacia lo mejor, hacia lo que consideramos bueno; hay, en consecuencia, una elección relacionada con lo conveniente y con lo inconveniente, hay, por tanto, una elección moral. La verdad es una representación de futuro, de lo que elegimos ser y aún no somos.

La Ética, al hablar de elecciones, de decisiones, de opciones, habla del futuro, de lo probable, de la oscuridad en la que deseamos un poco de luz..., y ahí no hay matemática posible, ahí sólo hay arte. “De lo que existe, ya no es necesario hablar”, proponía como cita de inicio, porque en Ética sólo cabe hablar de lo que no existe todavía, cosa para la que necesitamos del arte. La Ética es un arte.

## La luz: la Ética no es una ciencia

El arte es la técnica de adaptación de una determinada materia que queremos modelar, una materia siempre impredecible, siempre en disposición de ser transformada por la técnica o nuestro ingenio (seguramente son lo mismo), para que se acerque a lo que deseamos. No todo mármol responde a los deseos del escultor, no toda cuerda emite el sonido buscado por el violinista, no todo color representa el color impreso en la mente del pintor, pero todos ellos: escultor, violinista y pintor “ingeniarán” las maneras de poder sacar a esa materia lo deseado. El arte es lucha, una técnica de lucha para la consecución de lo deseado.

“A ese saber vivir, o arte de vivir si prefieres, es a lo que llaman Ética”. Por lo tanto la Ética es el arte de discernir lo que nos conviene, lo bueno, y lo que no nos conviene, lo malo (Savater, 2006) (4).

Lo que nos conviene y lo que no nos conviene es una cuestión complicada, porque no somos animales: elegimos. Única tarea plenamente humana, aparte del reír..., y cuánta relación tienen la elección y la risa, la correcta elección y la risa de satisfacción.

Pero elegir es lidiar con algo que es indeterminado porque es futuro (no tenemos certezas sobre qué surgirá de cada opción), la materia con la que crea el arte de la Ética es el futuro, o las condiciones del presente que por medio de la elección convertimos en futuro. Un futuro hecho por nosotros: nuestro futuro, que será resultado de nuestras elecciones, y que seguirá generando realidad, en la que de nuevo habrá que elegir. Estamos constantemente bailando en la oscuridad, nos suspendemos en una cuerda floja procurando el equilibrio, encendemos la pequeña llama de nuestro ingenio para darnos luz en el futuro incierto, no definido, oscuro por lo indeterminado... danzamos buscando el equilibrio, iluminamos lo indeterminado. Como en el toreo: el torero se pone un “traje de luces” frente a “lo negro”, el toro. La luz frente a la oscuridad. Y al torero no le queda otra que saber bailar, mover su luz para llevar a lo negro, el toro, cada vez más a su terreno para entrar en combate.

Lo que deseamos es encontrar la manera de clarificarnos, poner un poco de luz frente a lo que no entendemos del todo. Toda elec-

ción es casi siempre un salto en el vacío, es el arte de salvar obstáculos y seguir nuestro camino definido para vivir mejor.

Futuro, indeterminación, luz, oscuridad, equilibrio, decisión... forman parte de nuestra vida, son nuestra vida. Con la Ética lo único que deseamos es acercarnos a nuestra vida y hallar soluciones que nos hagan vivir mejor. Para hallar soluciones, recurrimos apresuradamente al librito de Georges Perèc, *La vida, instrucciones de uso* (Perèc, 1987) (5), y nos damos rápidamente cuenta de la broma: para vivir la vida no hay instrucciones claras, precisas, concretas, aplicables siempre de la misma manera como pretende cualquier ciencia que presuma de llamarse tal. Una cosa son los aspectos del mundo que la ciencia puede tratar por medio de sus métodos, y otra bien distinta, es la imprecisión constantemente fuera del laboratorio que son la vida humana y su sentido.

Hay en el mundo aspectos que pueden ser estandarizados, normativizados, repetidos, definidos “para siempre”, con los que la ciencia crea mundos formalizados; y otros aspectos que varían continuamente porque el contexto, las circunstancias en las que se encuentran, hacen que siempre sean distintos y cambiantes. Son los aspectos relativos a nuestra vida, mundos vitales que necesitan de aproximaciones y definiciones que se adapten constantemente a su raíz, que es el cambio. La vida es cambio continuo.

Los mundos formales han hablado siempre de la exactitud, los mundos vitales de la inexactitud. Formal y vital, ciencia y arte.

Hay grandes diferencias entre lo formal y lo vital. Lo formal se refiere a lo matemático, lo enumerable, los fenómenos contables, observables, cuantificables. El modelo formal, con su sede en lo geométrico, reduce los problemas a aquello que es cuantificable. Los mundos vitales son mundos irreales, no acabados, aún por realizar, son lo que no existe, de lo que es necesario hablar.

Los conocimientos formales o científicos, reducen la realidad a observación, cuantificación e idealización, crean modelos de la realidad. Los conocimientos vitales, aquellos que nos orientan sobre lo que nos conviene (lo bueno) y lo que no nos conviene (lo malo) son ambiguos, ya que las situaciones vitales varían. El saber de la Ética es un saber vivir, un saber complicado, un saber metafórico, un saber sometido a muchas interpretaciones,

que va variando en las diversas situaciones que exigen diferentes respuestas.

En conclusión, la Ética es un arte, no está programada, es una invención, una creación constante ante la multiplicidad de las situaciones de la vida.

¿Es posible unir estos dos ámbitos de conocimiento, formales y vitales?, ¿es posible tratar de la misma manera a usuarios parecidos?, ¿hacer representaciones modélicas de situaciones vitales, ya que se repiten circunstancias “similares”?, ¿se pueden crear respuestas siempre iguales a situaciones que pensamos que se definirán siempre por lo mismo?, ¿se pueden ofrecer a todas las generaciones de usuarios los mismos valores?

Después veremos que contesta la Deontología nacida de la Ética.

Porque puede ser que la norma y los valores deontológicos sean el modelo matemático y científico aplicado al orden vital, plenamente ético.

La Ética no puede plantear situaciones y soluciones sistemáticas, propias del modelo científico, aunque parta de modelos de acción “idealizados”. La Deontología camina con el objetivo de esa pretensión: la creación de modelos estandarizados de acción basados en valores asumidos universalmente dentro de una comunidad que realiza una misma actividad laboral.

## El conflicto

La Ética, sin embargo, necesita plantearse los problemas que surgen entre *lo que es* algo y *lo que debe ser* ese algo, es una tensión necesaria y sólo resoluble en cada situación concreta.

A tener en cuenta: en Ética no es necesario enterrar las paradojas, el dolor de la búsqueda de lo que nos conviene, el cuestionamiento, sino hacerlo evidente aunque pueda torturarnos. Parece ser que la palabra castellana *cuestión* procede de la palabra latina *quaestio*, que significa, al tiempo, pregunta, búsqueda e interrogatorio utilizado como tortura (Corominas, 1998) (6). La tensión necesaria de la que se deriva la Ética, queda planteada: *ser* (lo que hay) / *deber ser* (lo que debería haber).

Esta tensión y conflicto constantes entre lo que hay y lo que nos gustaría que hubiera es la que construye a los seres humanos. Parece ser que los animales no sienten esto. No

hay más que ver en los documentales las caras de los antilopes, por ejemplo, bajo la lluvia. Parecen no sentir el más mínimo estremecimiento ante lo que hay, no crean techos, paraguas, chubasqueros, gabardinas, toldos..., para refugiarse de la lluvia. La asumen con total resignación. Y eso que algunos antilopes morirán de enfriamiento, digo yo... Parece que para ellos lo que hay y lo que debería haber es uno y lo mismo. No hay problema. Y si la realidad no nos parece problemática, no hay humanidad. El ser humano se crea en esta tensión entre lo que hay y lo que desearía que hubiera, y en la necesidad que siente de superarla acercándose a lo que desea y le parece lo conveniente por medio de sus acciones.

Este conflicto, esta problematización de la realidad está porque somos y nos hacemos libres. La libertad supone enfrentarse con la gran tarea que es uno mismo, hacerse dentro de los límites de la realidad. La libertad supone elegir entre dos o más posibilidades, y ser capaces de afrontar la angustia, y de nuevo el conflicto, de la propia elección.

## La decisión

Pero eternizarnos en el conflicto, en la problematización sería aniquilarnos como seres humanos. La Ética es un saber práctico. Trata sobre las decisiones y su puesta en práctica. Pues incluso cuando no decidimos, estamos decidiendo no decidir, pues hay unos resultados que tenemos que afrontar. No quiero decidir qué película ir a ver con mis amigos. Es decir, he decidido soportar cualquier película que ellos decidan ver. Horror.

Dejar la decisión es una decisión..., y entonces los problemas se amontonan como si vinieran de algo que no sabemos qué es, indeterminado... y nace el agotamiento. ¿Y si el cansancio acumulado proviniera de las decisiones no tomadas?, ¿y si el agotamiento fuera la incapacidad de unir el pasado con el futuro, porque el presente está lleno de decisiones no tomadas que se van acumulando? “Por higiene mental, por salud moral: decida. Si no lo hace, alguien lo hará por usted”. Creo que es un lema estupendo para presentar al Ministerio de Trabajo, o al de Justicia... eterna.

En el trabajo y en la vida también, porque también es trabajo, seamos realistas, decidi-

mos constantemente. Estamos condenados a decidir (Sartre, 1980) (7). ¡Qué trágico!

Mejor: decidiendo conscientemente, sabemos qué futuro estamos construyendo, la realidad con la que seguramente nos vamos a encontrar, y de paso eliminamos cansancio. No olvidemos que la Ética es un saber práctico... y útil. Y la Ética pretende convertirse en muy útil transformándose en Deontología, creando códigos normativos para poder ir decidiendo en situaciones del día a día y eliminar cansancio.

Pero, ¿cuándo hay una elección que llamamos Ética?, ¿cuándo se produce lo que llamamos un acto ético?

## Las bases de la Ética

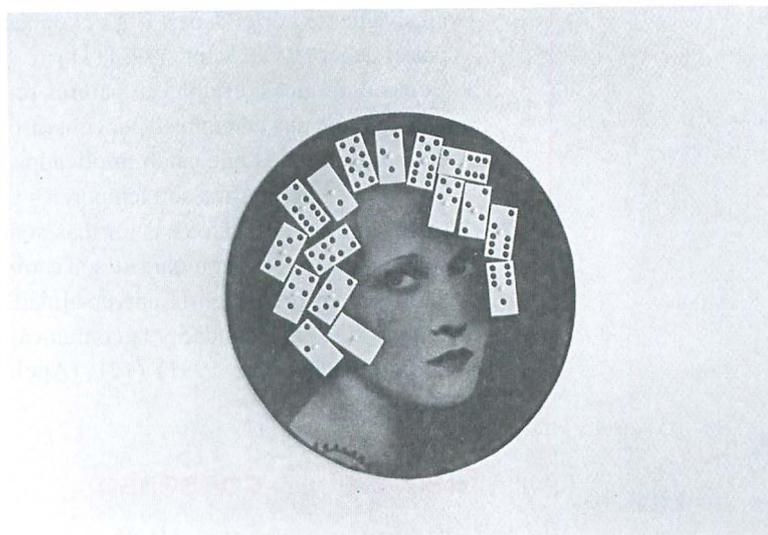
Para que podamos decir que estamos actuando éticamente, necesitamos, al menos, de tres condiciones que hemos de cumplir (Marina, 1995) (8):

1ª Hemos de ser libres: la libertad no es lo que nos pasa, sino lo que decidimos hacer sobre lo que nos va pasando. Además, la libertad no es omnipotencia, ya que elegimos sólo dentro de lo posible, es decir, desde nuestras capacidades y circunstancias.

2ª Hemos de ser conscientes: si hemos de decidir libremente, hemos de ver con claridad las opciones que tenemos, hemos de ser conscientes de ellas. Pero, atentos, la conciencia es tener arrojo..., los ilustrados no decían ¡sabe!, ¡conoce!, sino *sapere aude*, atrévete a saber (Kant, 1998) (9). Es decir, ponte delante las opciones con tal claridad y valentía que puedas decidir correctamente por ti mismo.

Necesitamos del cálculo consciente, de saber jugar con las fichas de dominó que nos han tocado, de las que conocemos, más o menos, sus posibilidades. Hemos de estar preparados por nuestra conciencia, y por las ganas de tener conciencia, para hacer buenas partidas. La conciencia es la autonomía, es la base de que podamos decidir desde nosotros.

3ª Hemos de ser responsables: parece que esta palabra castellana procede de la palabra latina *respondere* (Corominas, 1998) (10), ser capaces de dar respuesta ante aquello que hemos elegido. La decisión se transforma en una cadena continua de ida y vuelta. Pues decidimos, respondemos, y nos viene de vuelta aquello que decidimos para que lo asumamos



Sara Huete. *Cálculos y estrategias*, 2000

y respondamos, y de nuevo decidimos sobre lo respondido, que nos exigirá una nueva respuesta...¡Qué lío!

Para no liarnos, resumamos lo dicho hasta ahora: la Ética es un conocimiento que nace de la vida, un arte, ingenio y creatividad cuya materia es el futuro, y cuyas herramientas son el conflicto y la decisión, que necesitan de la libertad, conciencia y responsabilidad de nuestros actos para hallar lo más conveniente para nosotros y para los otros que rozamos con nuestras decisiones.

## Algunas escuelas éticas

Con todo lo expuesto anteriormente, llegamos a decidir, perdón, a decir, apresuradamente, qué es la Ética, de qué trata, qué objeto de estudio tiene. Pero la forma de definir este tema ha tenido históricamente muchas respuestas. Nos fijaremos en tres maneras de ver la Ética:

1. Éticas materiales: establecen un bien supremo, dan normas para conseguirlo y no son universales en su objeto ni aplicación. En definitiva, establecen un fin y cómo conseguirlo mediante unas normas. V. g.: el Cristianismo mantiene como fin la felicidad eterna y para ello da una serie de mandamientos que es necesario cumplir.
2. Éticas formales: no establecen un bien supremo, no dan normas para conseguirlo y son universales. No nos dicen qué hay que hacer, sino la forma que deben tener nuestras normas. Una norma moral importa por su alcance universal, aún partiendo de una conciencia individual que se rige ex-

clusivamente por el deber. V. g.: el deber por el deber (1 y 2, Kant, 1992) (11).

3. Éticas dialógicas: establecen valores reguladores de una comunidad por consenso de todos aquellos que están implicados. Los valores propuestos son temporales y relativos a un contexto. Las normas son consensuadas por la comunidad, son cambiables y no pretenden la universalidad, aunque sí la racionalidad y la comunicabilidad (Habermas, 1991) (12), (Apel, 1991) (13).

## Bien, deber, consenso

El problema central de cada uno de los modelos éticos expuestos anteriormente, podemos reducirlo a la clave explicativa de cada uno de ellos, el elemento central del que parten: para las éticas materiales hay un bien definido, para las éticas formales sólo se ha de actuar por deber y para las éticas dialógicas lo principal es que los valores reguladores de la comunidad, sean una representación de las aspiraciones de toda la comunidad, respondan a necesidades planteadas por todos sus miembros. Bien, deber y consenso son los ejes centrales de estos modelos éticos.

Es necesario subrayar que, en los tres casos, el elemento explicativo fundamental (bien, deber, consenso) es una representación de la realidad. La Ética es un juego de representaciones, un arte. El teatro representa la vida, no es la vida. La Ética pretende con sus reflexiones hacer una representación o modelo lo más ajustado posible de la vida. Pero no es la vida.

Estas tres representaciones sumadas (bien + deber + consenso) nos acercan a un intento filosófico de elaborar una Ética que proponga un modelo de bien que representará el deber que ha de ser asumido por el individuo y la comunidad por medio del consenso. Dicho de otro modo, estas tres claves intentan elaborar “científicamente”, conciliando lo vital con lo formal, los modelos de la Teoría del Deber o Deontología.

## Deontología

La Deontología es la rama de la Ética ideada por Jeremy Bentham en *Deontología o la Ciencia de la Moral* (1834), que se define como la teoría del deber o ciencia de los

fundamentos del deber y las normas morales, y se caracteriza por considerar los contenidos éticos desde un punto de vista no sólo normativo, sino descriptivo e incluso prescriptivo. Es decir, no sólo intenta definir normas aplicables a situaciones concretas, sino que intenta definir lo conveniente e incluso darnos guías de orientación en nuestras conductas ¿Ciencia y arte unidos?

Bentham, dentro del utilitarismo, reduce los motivos de la conducta al placer y el dolor. La moralidad puede ser calculada módicamente como el balance entre satisfacciones y sufrimientos. Esta aritmética moral se basa en el equilibrio entre el “principio de egoísmo” (satisfacción del interés particular) y el “principio de altruismo” (lograr la mayor felicidad posible para el mayor número de personas) (Dinwiddy, 1995) (14).

La deontología es un intento de conciliar lo formal, las generalidades modelizadas de una profesión, y lo vital, las situaciones concretas de cada uno de los miembros pertenecientes a dicha profesión, llevando así los presupuestos de la ética individual a una colectiva. Ética colectiva en la que hay un bien definido por medio de unos valores propuestos y consensuados, de los que se deducirán las normas fundamentales de la actividad laboral, asumidas como deber profesional.

La Ética se une a la profesión, y desde aquí se le da un enfoque teleológico a la Ética, se le propone una finalidad determinada por consenso, que ha sido elaborada por todos los miembros afectados por una actividad laboral.

Desde este enfoque teleológico, finalidad muy claramente delimitada por la profesión, que no son otra cosa que los valores propuestos en ella, podemos afirmar que toda labor humana responde a determinados fines sociales. El trabajo está destinado a satisfacer necesidades humanas. Toda ocupación laboral debe perseguir un fin ético, y ese fin ético es la realización del deber definido en cada profesión. El deber se convierte en el deber por el deber, asumido profesionalmente, es decir, encaminado por medio del trabajo a satisfacer las necesidades de los otros.

## El deber asumido profesionalmente

Pero hablemos un momento del trabajo. Seguramente, nos creamos por medio de

nuestra actividad. No sólo somos lo que pensamos, somos, sobre todo, lo que hacemos. Nos hacemos personas por medio del trabajo. La palabra castellana persona, deriva de la voz de origen etrusco *phersu* y de la palabra latina *persona*, que significan máscara de actor, personaje teatral (Corominas, 1998) (15). Ser persona es saber actuar en un escenario y defender un personaje ante un público. Un refrán latino, de origen jurídico, dice: "*homo qui plures personas sustinet*" (Navarro, 1842) (16). El hombre (o la mujer también, en la actualidad) es aquel que puede sostener, mantener, mostrar varias máscaras, varios personajes. En el derecho romano los esclavos no eran considerados hombres porque no podían llegar a ser personas. Ser personas supone la sofisticación de poder mostrar diferentes máscaras.

El hombre se hace y se va construyendo en sus máscaras elegidas, para presentarse ante los demás de la manera que mejor le convenga en cada situación. No olvidar el origen de la palabra cosmética, mostrarse ante los demás con un determinado orden, una estructura, de la palabra griega cosmos (Corominas, 1998) (17). Y una de esas máscaras es la profesional, puro orden cosmético. En la profesión, en el trabajo, mostramos una más de las máscaras que nos hacen ser personas.

La máscara profesional está compuesta de, al menos, tres elementos que no son fijos, sino que cada uno de los hombres y mujeres, habrá de definir:

1. ¿Qué es?: mi máscara profesional tiene unos rasgos distintivos y específicos de mi actividad laboral a la que me he de adecuar. Sé actuar, defender una máscara porque he participado en su creación al asumir responsablemente los objetivos de mi profesión.
2. ¿Hacia dónde se dirige?: ¿qué deseamos conseguir en el futuro con nuestra labor profesional? Y aquí, obligatoriamente, comienza la creación ética, la invención propiamente humana, la invención de futuro. Y esta creación ha de ser individual, plenamente ética, un puro acto creativo adecuado a cada una de las circunstancias que la profesión nos hace vivir..., pero ha de estar en concordancia perfecta, con el deber basado en los valores consensuados por todos y ajustarse a un código asumido en nuestra actividad profesional. Y esta



Sara Huete. *Entre la espada y la pared*, 2000

labor ha de ser plenamente colectiva, deontológica. Ética como base, deontología como fin.

3. ¿Por qué vías lo puede conseguir?: por medio de cualidades que consideramos necesarias para nuestra vida laboral, relacional y organizacional, puesto que intervienen en la estructura de la comunidad laboral a la que pertenecemos: los valores. Base de nuestra propia deontología.

## Ética, Deontología e Institución

El trabajador de la institución pública tiene una serie de obligaciones definidas legalmente. Es cierto que hay una relación entre Ética y legalidad, pero no siempre han de ir unidas, ni forzosamente una debe esperar a la otra. La Ética necesita lanzar propuestas que agilicen la legalidad y la vayan haciendo más adecuada a las exigencias del momento que vivimos. Ahí es donde los valores consensuados, las bases reales de nuestro código deontológico, se presentan como guías creadoras de un universo más conveniente para todos aquellos a los que afecta nuestra actividad profesional, incluidos nosotros mismos.

La institución pública se plantea en la actualidad una deontología, una teoría y práctica del deber que quieren ir hacia la creación de toda una cultura corporativa, que redundará en su imagen. Y esto sólo depende de la Ética de sus trabajadores. En la base, la Ética, la actitud creativa individual ante situaciones



Ana Laura Aláez. *Beauty cabinet prototype*, 2003



Christopher Gilbert. *Serie 3*, disponible en [www.christophergilbert.com](http://www.christophergilbert.com)

concretas teniendo presente lo conveniente, en el fin, la Deontología, el deber asumido y basado en los valores consensuados por toda la comunidad laboral.

Intentar unir Ética y Deontología es un compromiso del trabajo, de la máscara profesional asumida colectivamente. Esa percepción de la empresa o la institución, que algunos denominan cultura corporativa, y que se podría reducir a cómo nos ven los demás por las acciones que realizamos, tiene que ver con la Ética individual, y con la Ética del deber asumido profesionalmente o Deontología. Si no fuera así, se diluiría la responsabilidad que tenemos con esa cultura e imagen corporativas. La cultura corporativa nos ofrece un sentimiento de cohesión y de pertenencia a un grupo con el que compartimos normas (Justo Villafañe, 2002) (18).

Toda institución, ya sea pública o privada, debería formular, plantear y responder qué misión tiene, qué visión quiere ofrecer y qué valores escogerá para poder pasar de la misión a la visión (Navas [et al], 2002) (19).

Como se puede observar, puro acto creativo. Ética y Deontología, unidas.

La misión es la definición especializada y diferenciada de quién soy en la actualidad, qué ofrezco como profesional. La misión proyecta la singularidad de la institución. La misión definida, debería constar de tres partes:

1. Descripción de lo que la institución hace en la actualidad.
2. A quién se dirige el esfuerzo, qué público es el que nos corresponde.
3. Presentación de la particularidad, del factor diferenciador que se ofrece.

La visión es la imagen de futuro que deseamos. Y aquí la Ética, especialista en futuro, tiene mucho qué decir. Según nuestra Ética, estamos definiendo el “deber ser” que deseamos proponer para nuestra actividad laboral, hacia dónde nos dirigimos. La visión es lo que deseamos conseguir con nuestro trabajo personal y colectivo. Será lo que nos permita que aquello que hagamos tenga sentido y coherencia. Es la institución en el futuro, gracias al compromiso y responsabilidad de nuestras acciones. Soy yo mañana en mi trabajo. La visión debería ser:

1. Factible, alcanzable.
2. Motivadora, inspiradora.
3. Compartida por todos o la mayoría de los trabajadores.
4. Clara y sencilla, fácilmente comunicable. Si es en una sola imagen, mejor.

Los valores morales pueden tener una base emotiva, nuestros sentimientos, intelectual, nuestras razones, y experimental, nuestras experiencias. Desde nuestros sentimientos, razones y experiencias deberemos considerar cualidades válidas y necesarias para poder pasar de la misión a la visión. Los valores deberían ser:

1. Un número máximo de siete; más perderían fuerza en el contexto general de la institución.
2. Deben ser elaborados por todo el personal de la institución, para que sean tomados por todos como necesarios y elegidos individualmente. Deben ser el resultado del diálogo (importancia de basarse en una ética dialógica), del consenso, como resultado de un trabajo en equipo en donde se impliquen todos los que forman parte de la institución.
3. Deben ser tomados como verdaderos ejes de nuestra conducta profesional.

Los valores permiten el paso de la misión a la visión por medio de unas normas concretas, formuladas en un código deontológico que nace a partir de los valores elegidos.

La construcción de la misión, visión y valores como parte de la cultura corporativa de la institución pública, sólo tiene sentido si parte de la identificación y concienciación de todos los profesionales participantes en el proceso institucional, de su responsabilidad social y el intento de plasmar entre todos, mediante el consenso, un código ético que mantenga un compromiso real con la sociedad (apartado basado en Philip Kotler [et al.], 2003) (20).

Para ir concluyendo, sólo plantear que este universo en que vivimos, en el que asistimos a una parquematización divertida del mundo, en el que aparentemente los compromisos, incluso consigo mismo, nos resultan una carga insoportable, pues “el mayor coste de la individualidad es, sin embargo, la pesada carga de la responsabilidad. El mayor regalo y, simultáneamente, la máxima cruz de la individualidad es sentirse obligado a forjarse una identidad y seguir siendo coherente con ella. Pero la situación ha llegado a su punto límite, a la ‘fatiga de ser yo’” (Verdú, 2006) (21). En este universo en el que estamos dominados por la lógica de los objetos deseados de consumo, “la lógica del supermercado induce forzosamente a la dispersión de los sentidos; el hombre de supermercado no puede ser, orgánicamente, un hombre de voluntad única, de un solo deseo. (...) sus deseos se han teñido de algo un tanto llamativo y chillón; sin ser puros simulacros, son en gran parte un producto de decisiones externas que podemos llamar, en sentido amplio, publicitarias. No hay nada en esos deseos que evoque la fuerza orgánica y total, tercamente empeñada en su cumplimiento, que sugiere la palabra ‘voluntad’” (Houellebecq, 2005) (22). En este mundo, curiosamente representado por el deseo de desapego y por la necesidad de no crear relaciones demasiado comprometedoras por lo que demandan a mi voluntad y a mi coherencia, necesitamos, queremos que se establezcan pautas de acción laboral que nos permitan pisar terreno firme. “En nuestros días, la Ética no debe considerarse únicamente como una actitud individual pura. Necesitamos sobre todo instituciones políticas y económi-

cas más justas, más inteligentes, más eficaces.” (Lipovetsky, 2002) (23).

En este universo en el que vivimos, sólo nos queda plantear el deseo de construir un futuro más conveniente, mediante el ejercicio de nuestra imaginación creadora unida colectivamente por el arte de vivir bien. La Ética como arte y como base de unos valores propuestos por medio del consenso comunitario, que se proyectarán en un código defendido por la Deontología, que afectarán a la cultura corporativa que definamos y de la que formamos parte como profesionales. Sólo queda plantear que es necesario proyectar artísticamente el futuro de nuestra colectividad laboral, y recordar que “de lo que existe, ya no es necesario hablar”. ❌

### Notas

- (1) DEBORD, Guy. *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*. Barcelona: Anagrama, 2003.
- (2) NIETZSCHE, Friedrich. *Humano Demasiado Humano. Un libro para espíritus libres*. Madrid: Akal, 1996.
- (3) DE AZÚA, Félix. *Diccionario de las artes*. Barcelona: Anagrama, 2002.
- (4) SAVATER, Fernando. *Ética para Amador*. Barcelona: Ariel, 2006.
- (5) PERÈC, Georges. *La vida. instrucciones de uso*. Madrid: Hachette, 1987.
- (6) COROMINAS, Joan. *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos, 1998.
- (7) SARTRE, Jean Paul. *El existencialismo es un humanismo*. Buenos Aires: Sur, 1980.
- (8) MARINA, José Antonio. *Ética para náutifragos*. Anagrama, 1995.
- (9) KANT, Immanuel. *¿Qué es la Ilustración?* Madrid: Tecnos, 1998.
- (10) COROMINAS, Joan. Ídem.
- (11) KANT, Immanuel. *Crítica de la Razón Práctica*. México D. F.: Porrúa, 1992.
- (12) HABERMAS, Jürgen. *Conciencia moral y acción comunicativa*. Barcelona: Península, 1991.
- (13) APEL, Karl Otto. *Teoría de la verdad y ética del discurso*. Barcelona: Paidós, 1991.
- (14) DINWIDDY, John. *Bentham*. Madrid: Alianza, 1995.
- (15) COROMINAS, Joan. Ídem.
- (16) NAVARRO, Ruperto et al. *Curso completo elemental de derecho romano que comprende la historia externa, la historia interna o antigüedades y las instituciones del derecho antes referido*. Madrid: Imprenta del Colegio de Sordomudos, 1842. Tomo III. Instituciones. Biblioteca de la Universidad de Sevilla (en línea). Disponible en: [http://bib.us.es/guiaspormaterias/ayuda\\_invest/derecho/cursoCompletoElementalT3.htm](http://bib.us.es/guiaspormaterias/ayuda_invest/derecho/cursoCompletoElementalT3.htm) (consultado: 04/05/07)
- (17) COROMINAS, Joan. Ídem.
- (18) VILLAFANE, Justo. *Imagen positiva. Gestión estratégica de la imagen de las empresas*. Madrid: Pirámide, 2002.
- (19) NAVAS LÓPEZ, José Emilio y GUERRAS MARTÍN, Luis Angel. *La dirección estratégica de la empresa. Teoría y aplicaciones*. Navarra: Aranzadi; Madrid: Elcano, 2002.
- (20) KOTLER, Philip; CÁMARA, Dionisio; GRANDE, Ildefonso y CRUZ, Ignacio. *Dirección de marketing. Edición del milenio*. Madrid: Pearson Educación, 2003.
- (21) VERDÚ, Vicente. *Yo y tú objetos de lujo*. Barcelona: Random House Mondadori, 2006.
- (22) HOUELLEBECQ, Michel. *El mundo como supermercado*. Barcelona: Anagrama, 2005.
- (23) LIPOVETSKY, Gilles. *Metamorfosis de la cultura liberal*. Barcelona: Anagrama, 2002.